



Día internacional del Holocausto: memoria y prevención de genocidios

El 27 de enero es desde 2005 reconocido por la Organización de las Naciones Unidas como el Día Internacional de Conmemoración en Memoria de las Víctimas del Holocausto. Como epítome de genocidio, su recuerdo juega un papel fundamental en la concienciación y prevención de genocidios.

Ha habido a lo largo de la historia de la comunidad judía, un giro en cuanto a cómo se recuerda el Holocausto (o el Shoá). Jean Améry, por ejemplo, superviviente de Auschwitz, escribió que no se podía estar orgulloso de “algo que no se ha hecho, sino solo se ha padecido”. Voces como la suya recordaban el Holocausto desde la vergüenza, cuando ni Europa ni América querían escuchar tales historias y cargar con la culpa y resentimiento de aquellos los implicados. Si esto es un hombre de Primo Levi tuvo una publicación complicada, que empezó él por su cuenta, después teniendo que revisar personalmente la traducción al alemán para evitar que se omitieran fragmentos. Era un vacío. Por el contrario, hoy en día es un capítulo esencial en cualquier libro de historia, y las lecciones que buscamos extraer de él son muchas. Lejos de ser un episodio de terror fuera de la historia, la memoria del Holocausto ha tenido consecuencias directas sobre la política exterior de Alemania y por ende en la Unión Europea – cómo, por ejemplo, cuando España reconoció al estado de Israel a cambio de entrar en la Comunidad Europea, pese a que la España de Franco se había posicionado históricamente a favor de

Palestina (a fin de mantener sus relaciones especiales con el mundo árabe). El recuerdo del Holocausto ha marcado un antes y después en la política internacional, y afectado cómo percibimos y discutimos el conflicto entre Israel y Palestina, las atrocidades en la guerra de Vietnam o las discusiones sobre Hiroshima. Todas ellas han heredado el vocabulario y marco conceptual que el Shoá estableció.

El Holocausto y su memoria son un episodio crucial para nuestra educación como ciudadanos. La presencia del Shoá en tantos ámbitos de la política responde en parte a un cambio en el contexto internacional después de la segunda guerra mundial. El grito de “nunca más” pasa a ser uno de los pilares fundamentales en la formación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Las potencias aliadas que liberaron los campos crearon la ONU como foro para la discusión de amenazas contra la paz y seguridad internacional, así como aquellas contra los recién redactados Derechos Humanos. El Holocausto pasó a ser no sólo un capítulo esencial en la historia de la



comunidad judía, si no en la historia de todos y todas. Es una imagen universal, que usamos como analogía cuando hablamos de tantos otros conflictos. Hoy es prácticamente sinónimo de genocidio fuera del ámbito académico.

El concepto de memoria colectiva (incluyendo la memoria del Shoá) se considera hoy postpolítico – parte del consenso fundacional e internacional de la ONU y superior a los intereses pasajeros de cada gobierno nacional. David Rieff, trata este paradigma en Elogio al Olvido y los ilustra a través de la máxima, omnipresente en cualquier debate sobre la memoria, de George Santayana: “quiénes olvidan su historia están condenados a repetirla”. Rieff, siguiendo una línea parecida a la de Crítica de la Víctima (Daniel Giglioli), argumenta que a medida que la memoria viva (contemporáneos) de un episodio desaparece, heredamos un recuerdo sin su experiencia. Cuanto más tiempo pasa, más vulnerable se vuelve ese recuerdo a la manipulación política, porque más perdemos el contexto original y más fácil es realizar paralelismos y analogías sin que nadie pueda acusarnos de cometer una “anacronía” o señalar nuestras inexactitudes fuera del ámbito académico. Por supuesto podemos preservar memoriales y estatuas, pero no podemos garantizar que siempre vayan a ser interpretadas de la misma manera por las futuras generaciones. Recordar un episodio histórico (en especial si es una tragedia) es un imperativo moral y político, pero no suficiente para garantizar que no se repita.

La historia no se repite, pero rima. A medida que el tiempo avanza, cambia el contexto dónde existe tal riesgo de, por ejemplo, genocidio. El Holocausto y Ruanda en 1994 cumplen ambos con la codificación del crimen de genocidio, pero sus víctimas y perpetradores son el resultado de procesos diferentes. Por eso el valor del Holocausto como recuerdo capaz de contribuir a la prevención de genocidios, radica en la medida en que puede exportarse como símbolo universal y servir de advertencia en contextos diferentes. Existe una dimensión del genocidio que pertenece a la comunidad judía – el recuerdo de sus familiares y amigos que sufrieron la persecución. Pero la importancia que tuvieron sus consecuencias en la legitimización de la creación de la ONU y reconstrucción de Europa ha hecho que sea un recuerdo y mito fundacional de la Europa moderna. George Steiner, escribió sobre el Shoá como causa directa del fin de la creencia de Europa en sí misma como autoridad moral, y Robert Hughes (en La Cultura de la Queja) desarrolla este argumento cuando escribe que el multiculturalismo se ha convertido en un movimiento de separación – “[El multiculturalismo] alega que las instituciones europeas son opresivas por sí mismas, y no lo son las no eurocéntricas”. De aquí nace el debate sobre la prohibición moral de Europa de dictar lo que otros países han de hacer (y por lo tanto la imposibilidad de exportar el símbolo del Holocausto a otros continentes) o incluso una nueva superioridad europea, en la que nuestra culpa nos vuelve



moralmente superiores al resto del mundo cuando Europa a través de sus errores, guía al resto por el camino correcto. Esta es simplemente una manera de ejemplificar cómo el Holocausto forma parte del ADN de la política internacional a la vez que es un recuerdo propio para cada familia judía que de una manera u otra lo vivió.

Aunque se hayan realizado esfuerzos a gran escala para la preservación del tabú y fuerza del recuerdo, debemos recordar que los niños juegan entre los bloques del Memorial al Holocausto en Berlín, y los turistas saltan de uno a otro tomándose selfies. El polémico proyecto #Yolocaust, dónde un artista israelí editaba fotos de turistas en el memorial para situarlos en los escenarios del genocidio, abrió el debate sobre lo cómo y por qué debe recordarse este episodio. El proyecto es a primera vista una denuncia a la frivolidad y falta de respeto de miles de turistas. Pero las críticas que llovieron a la artista responden en parte a una realidad política en Alemania, un sentimiento entre la juventud de no querer sentirse culpables ni responsables del Shoá. Una segunda lectura del proyecto, sin embargo, nos recuerda que más allá de las víctimas, el memorial sirve como brújula moral para el presente. El pasado no es nuestra responsabilidad, pero las decisiones del presente, sí. Ésta segunda lectura es la que debemos tomar frente a las declaraciones de la extrema derecha alemana, como la de Bjoern Hoenecke, que llamó al memorial “un monumento a la vergüenza en el centro de la capital de Alemania”. Es innegable que, aunque busquemos

convertir al Holocausto en un símbolo universal del genocidio y el mal, no podemos ignorar que fue fruto de un contexto específico, y por lo tanto tener cuidado para no elevar a nivel universal la culpa de Alemania y Europa, cuyo rechazo es lo que alimenta hoy el revisionismo histórico y retórica irreverente de la extrema derecha. Este multiculturalismo de la memoria (adoptar una memoria de víctima de la comunidad judía cómo dolor propio, pero sin asumir la cultura judía propia) fácilmente alimenta el conflicto y separación cultural dentro de Europa, a raíz de la cuestión de la culpa, y afecta la relación de Europa con el resto del mundo, como explicaba Hughes.

Desde la segunda mitad del siglo veinte hemos presenciado, según el proyecto de investigación Political Instability Task Force financiado por el gobierno de los EE.UU, unos 43 genocidios, cobrándose una aproximación de 50 millones de víctimas. Dos de los más conocidos son los que ocurrieron en Bosnia en 1995 y Ruanda 1994. De esto se deduce que la memoria colectiva del Holocausto no es una garantía contra nuevos genocidios. No es realista esperar que países como Camboya hayan extraído las mismas lecciones o den la misma importancia al Shoá como Alemania, porque tienen su propia historia y conflictos particulares. En otras palabras, no es tan fácil convertir una catástrofe como el Shoá en un símbolo verdaderamente universal. La historia es susceptible de reinterpretaciones en base al contexto y conflictos presentes. Sirve para ilustrar nuestras ideas y valores, y cuánto más distante menos



nos educa y más fácilmente la moldeamos para nuestros intereses. Es por esto por lo que considero que la memoria del Shoá no puede entenderse como una herramienta efectiva para prevenir el genocidio si no va acompañada de un conjunto de valores estables y también postpolíticos que sirvan para invocarla de manera que contribuya al bien común.

Lo más parecido a un conjunto de valores y principios que nos permitan hacer esto, es la carta de la Declaración de Derechos Humanos. Concebida en el mismo contexto y momento histórico, es un alegato universal. Los DD.HH están codificados y son un criterio estable, la piedra angular en el sistema de la ONU. UNESCO, UNRWA, IOM, UNICEF, no se entienden sin la voluntad de cooperación para preservar los derechos codificados en la carta. Tampoco las intervenciones humanitarias del Consejo de Seguridad. La ONU, sin embargo, adoptó sólo el 27 de enero como día internacional del Holocausto en 2005 – apenas una década después de Srebrenica y Ruanda y en el 60 aniversario de la liberación de Auschwitz. En Israel ya desde principios de los cincuenta existía un día destinado a la conmemoración del Shoá, y en EE.UU desde los setenta. Podemos especular, entonces, sobre la posibilidad de que a raíz de estos dos casos claros de genocidio hayamos repensado el poder de la memoria en cuanto a la prevención del crimen de genocidio.

Estudiando la conmemoración del Shoá obtenemos dos principales lecciones. La primera, que el grito de “nunca más” del siglo 20 contiene aspiraciones universales (puesto que no es un “nunca más en Austria, Alemania y aquellos países invadidos” sino en todo el mundo). La segunda, que a diferencia de lo que dicta la máxima de Santayana, el recuerdo que ha de mantener vivo este grito no es postpolítico – es posible manipularlo para legitimar campañas políticas y militares que poco o nada tienen que ver. Tomemos como ejemplo el revisionismo de la derecha alemana sobre el Shoá para sus campañas hoy en día, que capitaliza sobre la distorsión del recuerdo en Alemania a medida que pasa el tiempo. Estas lecciones – la universalidad y la vulnerabilidad de la conmemoración del Holocausto – nos llevan a la siguiente conclusión: la habilidad de esta conmemoración para ejercer su efecto de manera global depende de que esa vulnerabilidad sea limitada. Reconocer el día internacional del Holocausto es un paso hacia una universalidad real del episodio, pero si los lugares donde se conmemora son aquellos donde los DD.HH no están siendo observados, entonces debemos ser escépticos y muy cuidadosos al evaluar que en ese contexto en el tiempo y espacio, la memoria colectiva está siendo un agente pacificador en vez de uno usado para alimentar el odio o los intereses de unos pocos. Ya sea en los partidos de la extrema derecha alemana, en la extrema derecha francesa usando la figura de Juana de Arco para dar legitimidad a la xenofobia, o en cualquier otra situación.



Juan-Lobo Hispano López

Grau en Global Studies (Universitat Pompeu Fabra)

BIBLIOGRAFÍA

Giglioli, D. (2017). *Crítica de la Víctima*. Herder Editorial.

Gunter, J. (2017, enero). *Yolocausto: ¿esta bien tomarse fotos en monumentos que recuerdan a las víctimas del Holocausto?*
BBC News. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-38705447>

Hughes, R. (1993). *La Cultura de la Queja*. ANAGRAMA.

Rieff, D. (2017). *Elogio del Olvido: Las paradojas de la memoria*. DEBATE.

Steiner, G. (1971). *In a Post Culture*. In *Bluebeard's Castle: Some Notes towards the Redefinition of Culture*. Yale University Press.



**Asociación para las
Naciones Unidas
en España**
United Nations Association of Spain

ENERO 2024

Publicado por



**Asociación para las
Naciones Unidas
en España**
United Nations Association of Spain

Con el apoyo de



**Generalitat
de Catalunya**

ANUE no hace necesariamente como suyas las opiniones expresadas por sus colaboradores.
